

La aceptación nuclear

Por Steve Kidd

Quienes trabajan en la industria nuclear suelen creer equivocadamente que su actividad es la única que sufre los ataques de adversarios encarnizados, lo que da lugar a una sensación de aislamiento y a una posición sumamente a la defensiva. No es así en modo alguno, ya que en la actualidad ningún sector industrial lo tiene fácil con la opinión pública. Bajo el concepto de responsabilidad social colectiva, todos los sectores industriales han de justificar sus actividades en relación con sus repercusiones medioambientales y sociales. Hoy en día, fundamentalmente la presunción es de "culpabilidad mientras no se demuestre la inocencia". Pero, ¿están realmente tan mal las cosas y merecen la pena los esfuerzos que se hacen para influir en la opinión pública, tanto nacional como internacional? Las respuestas son probablemente negativas.

Si consideramos los Estados Unidos, es evidente que lo mucho que ha mejorado la percepción pública de la energía nucleoelectrica se debe a los magníficos resultados de la explotación de las 104 centrales en los últimos años. La producción de grandes cantidades de electricidad de manera barata, segura y con el debido respeto por el medio ambiente resulta mucho más eficaz que cualquier estrategia imaginativa de comunicación. El público sólo muestra interés cuando las cosas empiezan a ir mal en el plano operacional. Los incidentes acaecidos en dos centrales alemanas y el terremoto de Japón en 2007 ponen de relieve la necesidad de una buena gestión de la opinión pública y de la "gestión de la crisis".

Lo cierto es que hasta hace poco el gran público ha mostrado muy poco interés por las cuestiones energéticas. Sólo cuando amenaza una crisis, como el riesgo de que se produzcan restricciones eléctricas o que se disparen los precios y se formen colas en las gasolineras, es cuando la gente se altera de modo considerable y ejerce presión sobre la industria y los políticos. Los decenios de 1980 y 1990 fueron un período relativamente tranquilo en lo que respecta a la energía, por lo que hoy en día la mayoría de la población no tiene opiniones sólidas y bien estructuradas sobre determinados combustibles ni sobre una estrategia nacional. Sin embargo, probablemente sea la relación entre el uso de la energía y el medio ambiente la que ha empezado a calar más profundamente en la conciencia del gran público. El cambio climático y el potencial calentamiento global han sido un regalo para el movimiento ecologista, ya que presentan un escenario apocalíptico más creíble. La mayoría de las personas más razonables reconocen que los demás temores que han

fomentado carecen en gran medida de fundamento, ya que el progreso económico produce por lo general un medio ambiente más limpio.

Observando la energía nucleoelectrica en esta perspectiva, existen evidentemente inquietudes en la mente del público por la vinculación con las armas, la proliferación procedente del sector civil de la industria y un temor general a posibles escapes de radiaciones de las explotaciones. Podemos reducir buena parte de todo ello a una evaluación irracional de sucesos de bajo riesgo aunque con graves consecuencias, pero es algo con lo que la industria tiene que vivir. El número de personas con una convicción arraigada contraria a la energía nuclear y difíciles de ganar es por fortuna relativamente bajo. El hecho de que mucha gente no haya tenido que pensar demasiado en cuestiones energéticas durante algún tiempo indica también que se puede influir fácilmente en la opinión en un sentido o en otro.

Por desgracia no podemos contar con los políticos para que tomen grandes iniciativas en cuestiones nucleares. Sabemos por amarga experiencia que prefieren no tomar partido cuando se trata de problemas que pueden molestar a una pequeñísima porción de su electorado, pues la pérdida de esos votos con los que se contaba podría ser crucial en una elección apretada. Ellos cuentan, pues, con grupos centrales y tienden a dejarse llevar por el público y no al revés, o sea, lo contrario de lo que deberían hacer. El cambio climático, sin embargo, brinda una oportunidad ideal para que miren lo nuclear con nuevos ojos todos aquéllos que tienen al respecto preocupaciones de carácter general pero no profundamente arraigadas. Presentarla como una tecnología verde y respetuosa va a llevar algún tiempo, pero el mensaje de que la energía nuclear emite pocos gases con efecto de invernadero parece irse abriendo paso lentamente.

Muchos de los problemas que tiene la industria con la opinión pública pueden atribuirse a los pecados cometidos en el pasado. Los portavoces arrogantes, que menospreciaban al público y no le transmitían con claridad información importante, son una herencia de la que la industria ha tardado mucho en deshacerse. La sociedad misma ha experimentado grandes cambios, y la cuestión nuclear tiene que adaptarse a ellos. Los decenios de 1940 a 1960 se caracterizaron por las medidas estatales, la condescendencia y la creencia de que la aplicación de la ciencia podría aportar a la mayoría los mayores beneficios. Pero a partir del decenio de 1970,

la confianza en uno mismo, la desconfianza de la ciencia y la afirmación de los derechos individuales prescindiendo del bien común han pasado a primer plano. La energía nucleoelectrónica no encaja fácilmente con todo ello, ya que depende de un cierto grado de participación estatal (como mínimo, en el establecimiento de un marco para su funcionamiento en materia de concesión de licencias, regulación y gestión de los desechos), pero está aprendiendo al fin a existir en un clima de mercados de la energía competitivos y propiedad privada.

Los mejores ejemplos de cómo ganarse a la gente en el mundo de hoy son casos concretos de planificación de nuevas instalaciones, y no intentos de persuasión general. Esencialmente, la opinión pública es local y como tal debe tratarse. La elección del emplazamiento de un repositorio de desechos en Suecia y el quinto reactor finés sirven para demostrar que una labor bien hecha con la población local puede arrojar cuantiosos dividendos. Hay que empezar por demostrar de modo convincente la necesidad de una nueva instalación, y a continuación lograr la participación del público en todo el proceso mediante una información clara y oportunidades de consulta. Hay que respetar a la población local en su calidad de expertos en asuntos locales y debe tener en última instancia el veto final sobre el proyecto. Las empresas de que se trate han de mostrarse interesadas en algo más que los beneficios y demostrar que les importan los intereses de la zona y de todo el país. Ciertamente las instalaciones nucleares ofrecen empleos bien pagados y seguros por muchos años de cara al futuro y tienen amplias repercusiones económicas más allá de la inversión inmediata de capital.

Un arma importante para ganarse el favor del público es una información clara y precisa sobre la energía nucleoelectrónica. Aunque el saber es a todas luces mejor que la ignorancia, este enfoque tiene algunas limitaciones y no se pueden esperar grandes logros a corto plazo, sobre todo a muy corto plazo. Una observación obvia es que algunos de los críticos más duros de la industria están de hecho muy bien informados, y el mejor sitio web del mundo sobre la industria minera del uranio pertenece por cierto a WISE, una organización antinuclear. Así pues, tiene que haber mucho más que meros hechos. Se puede afirmar que las creencias y los valores son más importantes incluso que una información sólida.

Si uno entra en una polémica por una afirmación emocional (por ejemplo, la energía nucleoelectrónica es mala), no es probable que los hechos que se oponen a ella lo hagan cambiar de idea, en realidad puede suceder lo contrario. Costará mucho tiempo y esfuerzo superar un mensaje antinuclear que lleva muchos años arraigado en las mentes. El mensajero y la forma de transmitir el mensaje suponen también, evidentemente, consideraciones muy importantes, a las que obedece la búsqueda de terceras partes creíbles. Las industrias son percibidas como esencialmente egoístas por un público cínico — “¿Qué otra cosa nos van a decir?” — pero ambientalistas destacados como James Lovelock

y Patrick Moore valen su peso en oro cuando levantan la voz en apoyo de la importancia nuclear. Pero todavía queda una dura batalla por librar, y algunas personas nunca estarán convencidas. Ciertamente la energía nucleoelectrónica comprende todo lo que algunos grupos detestan del mundo moderno: la aplicación de la ciencia, un gobierno grande y enormes organizaciones que globalizan la producción. Su profunda arrogancia recuerda bastante a la de algunos pioneros nucleares extraviados: les parece que ellos solos son los que están salvando el mundo de todos los demás.

Por último, habría que aceptar que la utilización del lenguaje reviste también una gran importancia. Pagamos hoy algunos errores clave del pasado. Si se pregunta a cualquiera cuáles son las palabras que más asocia con “nuclear”, inevitablemente dirá “bomba”, “explosión” o “guerra” y no “energía”. Si se hubiera denominado a la energía nucleoelectrónica (de modo más correcto) “energía de fisión”, no cabe duda de que las dificultades para lograr la aprobación pública hubieran sido bastante menores. Así pues, es prudente tener cuidado con lo que ocasionalmente se dice, porque las personas piensan que los mensajes que reciben “llevan segundas”.

El otro ejemplo obvio es llamar “desecho” a todo lo que sale de la parte trasera de un reactor, que obliga a encontrar una solución rápida para no legar responsabilidades a las generaciones futuras. Como alternativa, hablar de “combustible gastado” habría puesto de relieve el valor económico potencial, con lo que el período de tiempo podría ser mucho más largo (con la apariencia de transmitir un bien importante y no una responsabilidad a las generaciones futuras). Otros términos nucleares, como “reproductor rápido”, distan mucho de ser ideales desde el punto de vista público, ya que evocan imágenes de científicos siniestros como el Dr. Strangelove, mientras que algunos otros, “lecho de bolas”, por ejemplo, parecen más benignos. No es necesario recurrir a consultores de imagen con sueldos astronómicos, pero sí conviene reflexionar en principio sobre la repercusión de nuevos términos en la opinión pública.

En conclusión, la experiencia nos ha enseñado que hay diversas maneras de contribuir a que la industria logre tener una imagen pública más favorable. Sin embargo, lo más importante sigue siendo mantener el funcionamiento de las centrales nucleares existentes de la mejor manera posible y hacer pasar este simple mensaje. Además de esto, son también esenciales una labor de comunicación con una buena base local y planes detallados para la gestión de las crisis. ☸

Steve Kidd es Director de Estrategia e Investigaciones de la Asociación Nuclear Mundial (WNA) en Londres. Correo-e: kidd@world-nuclear.org.

Las opiniones expresadas no corresponden forzosamente a las de la WNA o sus empresas afiliadas. Su obra reciente, titulada “Core Issues-Dissecting Nuclear Power Today,” está publicada por Nuclear Engineering International. Página web: www.neimagazine.com